

La condición de la mujer

Por María Elena Oddone Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1979

“EN efecto, la condición Inhumana de la mujer, que afortunadamente ha mejorado, me ha preocupado a mí también desde que tuve uso de razón.” Así comienza una carta que recibí de Victoria Ocampo contestando un comentario mío sobre un artículo publicado en *Sur* titulado “La Condición Inhumana”. Se refería a la condición de la mujer, por supuesto.

Aunque su vocación fue la literatura, Victoria Ocampo no dejó pasar ocasión de salir al cruce en toda oportunidad que se le presentara, de opinar cuando se trataba de los problemas de la mujer. En septiembre de 1975, en carta abierta a los diarios, dice: “He sido y soy feminista. Desde hace 50 años he repudiado un estado de cosas que no puede durar.” (1) Como toda idealista, hacía un culto de la verdad y la proclamaba con la fuerza que da la seguridad en las propias convicciones.

En el año 1975, se niega a concurrir a un congreso que con el pretexto del Año Internacional de la Mujer encubría propósitos de índole política que nada tenían que ver con los problemas de las mujeres. Las organizadoras del congreso deciden no leer públicamente la carta que ella les envía.

En ese mismo año, 1975, Victoria Ocampo se entrevista en París con Susan Sontag, escritora y feminista. Victoria ve en la joven colega un reflejo de sí misma en su juventud. Escribe: “Esta desconocida, cuya presencia me incitaba a recordar vertiginosamente el pasado, como un inventario, no era simplemente una posible y nueva amistad: era la hija silenciosa e inmediatamente reconocida como tal, más allá de la amistad. Susan Sontag vivía lo que yo había pensado antes de nacer ella y por añadidura estaba mejor instrumentada que yo para comunicar sus pensamientos.” (2) Victoria se refería a las épocas no muy lejanas en que la mujer era sólo un objeto cuyo destino dependía de la clase en la que le había tocado en suerte o desgracia nacer. “Las épocas de mi lucha fueron inverosímiles”, dice Victoria en aquella entrevista. “Por suerte Susan ha despertado en un mundo en que ya había tenido lugar el choque de las sufragistas inglesas y norteamericanas con sus adversarios. Léase, con la mayoría aplastante de los hombres y no pocas mujeres (empezando por la imperiosa e imperial reina Victoria).”

Susan Sontag y Victoria hablaban el mismo idioma. Por eso se reconocieron, aunque era la primera vez que se veían y había entre ellas una diferencia de dos generaciones. También ambas escritoras habían escuchado el denigrante “elogio”: “tiene una inteligencia de hombre”, como si el talento fuera exclusividad del sexo que acá para las excelencias intelectuales.

En el Año Internacional de la Mujer, las Naciones Unidas ponen sobre el tapete la cuestión mujer a nivel mundial. Al respecto dice Victoria Ocampo: “En nuestro país, aunque se exalta continuamente a la madre, no se le concede la patria potestad. Nos tratan, pues, como a un plantel de vacas más o menos sagradas.” (3) Es que los prejuicios y las costumbres son difíciles de eliminar. Ella lo sabe cuando escribe: “Ya sabemos que las costumbres son implacables, mientras reinan y cuando se las desprecia o pasa por alto hay que pagar un tributo que va desde el escándalo hasta la pena de muerte.” (4)

Victoria pagó ese tributo (el del escándalo) cuando se convirtió en conductora de automóviles en una época en que se consideraba esa actividad insólitamente antifemenina, y luego volvió a sorprender cuando se presentó a ocupar su sillón de académica visitando democráticos y prácticos pantalones.

Ella dijo sobre aquel escándalo de su juventud: “Las primeras mujeres que manejaron automóviles recibieron un diluvio de insultos callejeros. Esto no las desanimó.” Es obvio que se

refiere a ella misma, aunque pluralice.

“Ahora ni se las mira e inclusive manejan también las escasas monjas que circulan por el mundo. No aspiro a mayor homenaje a nuestro «gremio» que ni se nos mire cuando lleguemos a ocupar puestos reservados hasta ahora a los hombres, que sea un fenómeno natural, como sentarse frente al volante de cualquier auto.” (5)

[Todavía no es un fenómeno natural que las mujeres ocupen puestos importantes. A ese respecto Victoria acusó al país de: “mentalidad retrógrada en lo que toca a la mujer” (6). En el año 1974 me escribe: “Yo desearía que todo lo que hicieran las mujeres lo hicieran sin frangollos (ya han frangollado bastante los hombres). Así como las mujeres son responsables de un enfermo en la casa, desearía que fueran responsables de un mundo que parece muy enfermo. Sería para bien de todos.”

La ausencia de las mujeres en la política de nuestro país fue objeto de su preocupación. Ella era amiga de las dos líderes políticas más importantes en lo que va del siglo: Indira Gandhi y Golda Meir. En carta fechada en 1975, me dice: “Me parece necesario que la mujer se ocupe de política y que se le dé su lugar en esa actividad (es decir, un lugar tan importante como el del hombre). Naturalmente, no se lo darán, ella tendrá que tomarlo. Nada es fácil en ese terreno. Lo de estar preparada no tiene más sentido para la mujer que para el hombre (que tampoco está preparado, que yo sepa). Me gustaría, eso sí, que la mujer entrara a ese campo de acción mejor preparada (el subrayado es de ella) que el hombre y que aportara su visión de las cosas. No tenemos que fracasar en nada, si es posible.”

Ella, cuyo talento la situaba más alto que el común de las mujeres, practicó la solidaridad con todas aquellas menos favorecidas, es decir, con la mayoría. Fustigó duramente a las mujeres que accediendo a círculos exclusivos de varones en las artes, las ciencias, las profesiones liberales y la política se olvidaban de que son mujeres y complacen a los hombres no mencionando jamás su condición femenina y olvidando a otras con igual mérito y menos suerte. Victoria Ocampo comprendió el profundo sentido espiritual del feminismo, que es de amor y solidaridad. En su hora más gloriosa, cuando es recibida en la Academia Argentina de Letras, honor otorgado por primera vez en la historia a una mujer, ella trae en su discurso el recuerdo de tres mujeres que gravitaron en su vida. Su antepasada, la india guaraní Agueda, la inglesa Virginia Woolf y la chilena Gabriela Mistral. “A la primera le debo parte de mi existir, a las otras dos, el no haberme contentado con existir”, dijo. No quiso estar sola entre hombres y compartió su gloria con tres mujeres en el recuerdo y con las desconocidas que llegarán en el futuro a la Academia a través de la puerta que ella abrió. Contestando a mis felicitaciones en esa oportunidad, me escribe: “No tengo vocación de académica. Para mí lo de la Academia no tiene sino un sentido: abrir una puerta más a la mujer.” Hermosa lección de hermandad.

Hace un año en su labor literaria para dedicar un número de *Sur* a los problemas de la condición femenina. “Hace años, mi revista tiene 40 años, que deseaba hacer un número dedicado a los problemas de la mujer”, me dice en otra carta. “Esta vez no he querido que pasara un minuto más de lo necesario para sacarlo a la calle. La distribución y venta de este número es importante para la causa que defendemos.”

Causa que tan brillantemente ella defendió siempre. En la última de sus cartas a LA NACION, el año pasado, refuta conceptos erróneos vertidos por un articulista referidos a Indira Gandhi y Golda Meir como mujeres feme-

ninas y no feministas. Victoria, que tan bien conocía a las dos primeras ministras, dice: “Hay cosas absurdas que se repiten hasta el cansancio y pasan inadvertidas. Estas fervientes socialdemócratas, decididamente femeninas (?), no ocuparían los cargos que tan justificadamente ocupan si no tuvieran detrás a las vilipendiadas feministas que han luchado para abrirles el camino. Estas señoras no han surgido por partenogénesis artificial en los altos puestos políticos. Tienen una historia detrás. La de muchas mujeres que se han sacrificado, mientras hombres y mujeres de la mayoría ridiculizaban su tenacidad y su atacar de frente problemas que aún no están solucionados.”

Victoria sabía que la indiferencia no es inocente, desde el momento en que el no compromiso es complicidad. Por eso, en la misma carta, ella dice: “La actitud de ciertas mujeres, decididamente femeninas, que dejan sacar las castañas del fuego a las «diferentes», las feministas, es demasiado cómoda. Generalmente, usufructúan de los derechos conseguidos por sus hermanas (de las que se burlan para quedar bien con los hombres)... con algunos, no con todos, a Dios gracias. Viven atrincheradas en un olímpico «no te metás».”

El pensamiento feminista con respecto a la violencia encuentra cabal interpretación en Victoria cuando dice en una carta recibida por mí en 1973: “No soy partidaria de la violencia (aunque soy violenta), porque pienso que nada cambiará en el mundo si nosotras (el subrayado es de ella) no empleamos métodos distintos al método de la violencia. Tampoco admito blanduras. Eso es otra cosa.”

Cuando pensemos en un homenaje a su memoria, recordemos lo que escribí en un artículo sobre la Malinche, la amante, traductora y secretaria de Hernán Cortés, el conquistador de México. Repudiada por los mexicanos, que la acusaron de traición, pusieron el nombre de la inteligente india a un volcán apagado. Victoria encuentra que este seudohomenaje no es tan malo. “Que no se aflija. Me parece excelente la idea del volcán. Por extinto que se encuentre, conserva una grandiosidad de que carecen las malas estatuas de bronce y de mármol rodeadas de plantas devoradas por bichos de estos municipales en plazas sudamericanas.” (7)

Tiene razón. ¿Acaso desde los comienzos del mundo no se nos identificó a las mujeres con la naturaleza, de la que seguimos siendo fieles devotas?

Lo del volcán apagado quizá fue un desprecio más post mortem, sumado a los tantos que recibió en vida la india Malinche, de sus hermanos de raza que la regalaron como un objeto a su señor y amo Cortés.

Dice Victoria: “Yo firmaría enseguida una petición para que los monumentos destinados a conmemorar en el año 3000 a mujeres destacadas, fueran bosques, lagos, islas, jardines cuidados y valles. ¿Qué mejor nombre para el valle de Elqui (Chile) que el nombre Gabriela Mistral? Pero comprendo que por el momento sólo se bautizan con el nombre de mujeres anónimas a turbulencias atmosféricas indeseables (los ciclones).” (8)

No esperemos el año 3000. Firmemos ya una petición para homenajear a mujeres destacadas. Busquemos un jardín y pongámsle un nombre ilustre e inolvidable: el de Victoria Ocampo. =

(1) 10 de septiembre de 1975, diario La Opinión.

(2) 20 de julio de 1975, diario LA NACION.

(3) Idem.

(4) Idem.

(5) Idem.

(6) 10 de septiembre de 1975, diario La Opinión.

(7) 27 de julio de 1975, diario LA NACION.

(8) Idem.